

catástrofe que se produjo en el Reich alemán, ve sin embargo cómo le es endosada la obligación de recordarla. El narrador de *Los emigrados* siente que «el empobrecimiento mental y la desmemoria que marcaba a los alemanes, y la eficiencia con que lo habían limpiado todo, me comenzaba a afectar la cabeza y los nervios». Cuando Austerlitz dice darse cuenta de «qué poca práctica tenía en recordar», imaginamos que la memoria es muscular y capaz de atrofiarse. En Sebald, recordar no es un acto intelectual, sino físico, y no hacerlo conlleva riesgos morales. En esta idea (más burda y sentenciosa en mi versión que en la de Sebald) está el eje de las conferencias. Y por eso no parece exagerado ver en las conferencias el eje, o una parte del eje, de la obra entera.

Por supuesto, hay mucho más en este libro. Está el ensayo sobre Alfred Andersch, en el cual Sebald demuestra, con sigilo y medio de tardanza, cuál era la verdadera forma de usar el método Sainte-Beuve (el estilo y el hombre salen del ensayo hermanados por el oportunismo, el *kitsch* inescrupuloso y el fascismo lingüístico); están los comentarios críticos con que Sebald se refiere a otros sin darse cuenta de que se refiere a sí mismo («Es con lo documental, que en *La caída* de Nossack tiene un temprano precursor, con lo que la literatura alemana de la posguerra se encuentra a sí misma e inicia el estudio serio de un material inconmesurable para la estética tradicional»). Pero lo verdaderamente sugestivo de *Sobre la historia natural de la destrucción* es comprobar, frase por frase, que Sebald no escribió nunca un libro tan *personal*, tan próximo a la confesión descarnada, como este libro despersonalizado y distante. «Mi temblor, mis miedos, mi rabia», leemos en algún momento; y sentimos un cierto pudor, porque nunca la voz de Sebald había alcanzado ese nivel de intimidad; y una frase semejante, que tan cerca vive del sentimentalismo, nos puede incomodar como incomodan las demostraciones de vulnerabilidad que uno no ha solicitado. Luego tenemos una intuición exagerada: que Sebald escribió para imbricarse en la historia que no alcanzó a ver, porque sentía, de alguna manera hipersensible, que ella lo regía o lo determinaba. Después de todo, en la obra entera de Sebald pueden encontrarse cientos de ejemplos en los cuales aquellas abstracciones —el pasado, la memoria— son tales carnales y tangibles como el propio cuerpo del narrador, ese cuerpo que siempre se mueve al filo del colapso nervioso. Y es al notar esto que empezamos a preguntarnos si Sebald no habrá logrado en este librito *menor* el sueño de tantos novelistas alemanes, desde Mann hasta Grass: encontrar el lugar donde se funden, sin recurrir a los atajos de la filosofía ni la comedia, la conciencia del pueblo alemán y la de sus individuos.



Parque Morazán. San José, Costa Rica. Foto Sport